



Muchos desconocen los recursos de empleo y formación que tienen a su alcance, en ocasiones muestran inercia a depender de ayudas sociales, planes de empleo o trabajos esporádicos, y hablamos de un barrio donde conviven diferentes culturas

vera Carmen Oliver.

Sin embargo la realidad de los vecinos de La Milagrosa es variopinta y compleja. Muchos desconocen los recursos de empleo y formación que tienen a su alcance, en ocasiones muestran inercia a depender de ayudas sociales, planes de empleo o trabajos esporádicos, y además hablamos de un barrio donde conviven diferentes etnias y culturas. Todos comparten un mismo espacio y la convivencia, en ocasiones, se enturbia. "Todos sabemos que muchos problemas surgen de 7 u 8 familias conflictivas que no quieren al barrio y generan problemas -diagnostica Carmen Oliver- por eso garantizamos que el consistorio no contará con estas familias en el nuevo planeamiento del barrio".

Y es que la realidad de La Milagrosa es dura. Por el día los vecinos continúan con sus quehaceres, de hecho la plaza y sus calles están repletas de vida, pero por la noche todo cambia. La presencia de drogas y de vandalismo se acentúa conforme va cayendo el sol hasta el punto de convertir el barrio en un auténtico punto oscuro. La gran mayoría de los edificios, aunque cuidados por las familias que allí habitan, presentan un aspecto deplorable. Se trata de familias, en su mayoría nacidas y criadas en el Cerrico, y que ahora añoran y piden otro modo de vida. "Así no podemos estar"- dice Luisa desesperada. Ella es vendedora ambulante y por ello, al carecer de contrato de trabajo, le es

imposible acceder a una vivienda de protección oficial. "Aquí hemos visto de todo- dice cansada- tiroteos, coches incendiados...yo quiero irme con mis hijos de aquí".

le da algo". Mari Luz lleva ya años viviendo en un portal totalmente insalubre, que por las noches se convierte en centro de operaciones de bandas de delincuentes y trapicheros. "Los veci-



Mari Luz Monsalve también vive en una situación similar. Su casa está ordenada y decorada al milímetro, y esto choca con la paradoja de tener que subir a ella de puntillas y con linternas. "Mi hijo no quiere venir porque le da vergüenza"- confiesa apurada. "Y aquí, figuraté si viene un médico o alguien...

nos se agarran a este proyecto como un clavo ardiendo. Muchas madres anhelan un mejor futuro para sus hijos, una vida más segura, y una rutina como cualquier albaceteño, disfrutando de las mismas prestaciones y servicios. "Yo sí quiero que tiren las Seiscientas", comenta una de las vecinas del barrio.